

tanto se contentaran éstos con el Ceilán, complemento sobrado de la conquista de las Indias, y que por lo demás ninguno de los puntos contestados, excepto la isla de Malta, merecía pagarse con uno solo de los males que se iban á causar al mundo, ni con una sola gota de sangre que se iba á derramar.

Añadió á estas explicaciones diplomáticas algunos manifiestos que hizo publicar en el *Monitor*, con la relación minuciosa de los armamentos que se hacían en la costa de Boloña.

Salían en efecto de los puertos de Calvados, del Sena inferior, del Soma y del Escalda divisiones de chalupas cañoneras para pasar á Boloña costeando, lo cual lograron veces repetidas, á pesar de los cruceros ingleses. El primer cónsul no se había fijado aún, como lo estuvo después (1), en el plan de una irrupción en Inglaterra; pero quería intimidar á esta potencia con el belicoso tráfigo de sus preparativos, y ya finalmente estaba resuelto á completar sus disposiciones y á pasar de las amenazas á los hechos si el rompimiento llegaba á ser definitivo. Sobre esto se explicó largamente en una deliberación del consejo á que sólo asistieron los mismos cónsules. Lleno de confianza en el buen celo de sus colegas Lebrún y Cambaceres, hizo patente toda su idea; les declaró que con los armamentos que en la actualidad existían en Boloña aún no tenía medios suficientes para intentar un desembarco, que es una de las operaciones de guerra más difíciles; que con dichos armamentos sólo se proponía hacer entender á la Inglaterra lo que se estaba tratando, es decir, un ataque directo en cuyo triunfo el general Bonaparte no titubeaba en comprometer su vida, su gloria y su fortuna; y por último, que si no conseguía del gabinete británico concesiones razonables, completaría la escuadrilla de Boloña hasta que pudiera conducir á bordo cien mil hombres, y él en persona se embarcaría en ella para correr las probabilidades de una operación terrible, pero decisiva.

Para fortalecerse con la opinión de la misma Inglaterra y de toda la Europa, añadía á las notas de su negociador, dirigidas solamente á los ministros ingleses, artículos del *Monitor* que se dirigían á todo el público europeo. En dichos artículos, que podían ser considerados como modelos de polémica robusta y concluyente, que él mismo escribía y que leían con ansia todas las naciones atentas á aquella singular escena, halagaba á los ministros ingleses actuales, y los presentaba al público como hombres prudentes, racionales y bien intencionados, pero intimidados por las violencias de los ministros caídos, Mr. Pitt y Mr. Windham especialmente. A este último era al que principalmente agramaba con sus sarcasmos por considerarle como la cabeza de partido que pedía la guerra.

En estos artículos tendía á tranquilizar á la Europa sobre la ambición de Francia, se consagraba á demostrar que sus conquistas apenas eran un equivalente de las adquisiciones que Prusia, Austria y Rusia habían hecho con la desmembración de Polonia; que no obstante había devuelto territorios tres ó cuatro veces ma-

(1) Es preciso distinguir esta primera prueba de organización de una escuadrilla, que pertenece al año de 1801, de la grande organización naval y militar del año 1804, conocida con el nombre tan célebre de Campamento de Boloña. (N. del A.)

yores que los que había conservado; que Inglaterra estaba obligada en justa correspondencia á restituir gran parte de sus conquistas; que conservado el continente de la India quedaba en posesión de un soberbio imperio, en cuya comparación nada eran las islas disputadas; que dichas islas no merecían que se derramase por ellas más sangre humana; que si Francia parecía en verdad tan empeñada en adquirir su dominio, era principalmente por punto de honor, para defender á sus aliados y para tener todo lo más algunas relaciones de poca importancia en los mares apartados; que por lo demás si se quería continuar la guerra, podía muy bien Inglaterra sin duda alguna conquistar aún otras colonias, pero que tenía ya más de las que necesitaba su comercio; que Francia tenía adquisiciones que hacer mucho más preciosas alrededor de sus fronteras, adquisiciones que todos sospechaban sin designarlas, puesto que sus tropas ocupaban Holanda, Suiza, Nápoles y Portugal; y finalmente, que aún se podía simplificar la lucha y hacerla menos gravosa á las naciones, reduciéndola á un combate singular entre Francia é Inglaterra. El general escritor se abstenía muy bien de ajar el orgullo británico, pero daba á entender que un desembarco sería por fin su postrer recurso, y que si los ministros ingleses querían que la guerra concluyese con la destrucción de una de las dos naciones, no había un solo francés que no estuviera pronto á hacer un último y vigoroso esfuerzo para concluir aquella larga contienda con gloria eterna y con eterno provecho para Francia. ¿Pero á qué, decía, llevar la cuestión á punto tan extremado? ¿Por qué no poner término á los males de la humanidad? ¿Por qué aventurar así la suerte de dos pueblos grandes? Concluía el primer cónsul una de estas alocuciones con las siguientes palabras bajo todos aspectos memorables, que tan tristemente habían de poderse aplicar á él mismo algún día. «¡Felices, exclamaba, felices las naciones cuando después de haber llegado á una gran prosperidad, logran tener gobernantes sabios que no exponen su ventajosa suerte á los caprichos y á las vicisitudes de un solo golpe de fortuna!»

Aquellos artículos, notables por su lógica vigorosa y por su estilo apasionado, fijaban la atención general y producían en los ánimos una sensación profunda; jamás gobierno alguno se había expresado con lenguaje más franco y convincente.

El primer cónsul, acompañando sus escritos con preparativos muy serios en las costas de Francia, debía producir su impresión, y en efecto la produjo al otro lado de la Mancha. La declaración formal de que Francia jamás entregaría la isla de Malta causó grande efecto, y el gobierno británico contestó que renunciaría gustoso á ella siempre que se restituyera dicha isla á la orden de San Juan de Jerusalén; pero que en tal caso exigía el Cabo de Buena Esperanza. Renunciaba también á la Trinidad y aun á la Martinica si obtenía una parte del continente holandés de América, es decir, á Demerara, Berbice ó Essequibo.

El desamparo de Malta era un paso muy considerable en la negociación; insistió el primer cónsul en no ceder dicha isla, ni el Cabo, ni las posesiones continentales de los holandeses en América; Malta á sus ojos no debía ser más que la compensación del Egipto cedido á los franceses, y puesto que ya no se trataba de esta

cesión, no debía tratarse tampoco de adjudicar á los ingleses ni aquella isla ni otro equivalente alguno.

Cesó por fin el gabinete inglés de insistir en lo de Malta y en la adjudicación del Cabo como compensación de aquella isla, y se redujo á pedir una de las grandes Antillas; mas como no se atrevía ya á nombrar la isla francesa de la Martinica, exigió la isla española de la Trinidad.

Pero no quería el primer cónsul ceder la una más que la otra, por cuanto era la Trinidad una colonia española que proporcionaba á los ingleses un estribo peligroso en el vasto continente de la América meridional. Llevó su lealtad con la aliada de la Francia hasta el punto de ofrecer la pequeña isla francesa de Tabago en rescate de la Trinidad; no era de grande importancia, pero sí de bastante interés para la Inglaterra, por ser ingleses todos sus propietarios. Lleno de noble orgullo, de ese orgullo que sólo es lícito después de haber colmado á la patria de gloria y de grandeza, añadió: «Es una colonia francesa; esta adquisición lisonjeará el orgullo británico que podrá evanecerse de haber alcanzado uno de nuestros despojos coloniales, y la conclusión de la paz será sin duda cosa más hacendera (1).»

Tal era el estado de las cosas hacia fines de julio y principios de agosto de 1801. Grande era la animación por ambas partes; imitábanse en la costa de Inglaterra los preparativos que se hacían en la de Francia; ejercitábanse las milicias, hacíanse construir carros para transportar las tropas en posta con objeto de acudir más velozmente á los puntos amagados, y los periódicos ingleses del partido de la guerra se expresaban en un lenguaje violento. Algunos de éstos, cuya redacción, según se decía, inspiraba Mr. Windham, se propusieron á insurreccionar al pueblo inglés contra Mr. Otto y contra los prisioneros franceses. El negociador pidió inmediatamente sus pasaportes, y el primer cónsul hizo al punto insertar en el *Monitor* las reflexiones más amenazadoras.

Lord Hawkesbury fué inmediatamente en busca de Mr. Otto, hízole instancias para que no partiese, y lo

(1) El ministro de Relaciones exteriores á Mr. Otto, comisionado de la república francesa en Londres.

20 *termidor* del año IX (8 agosto de 1801).

...En cuanto á la América, á las observaciones perentorias que contiene la nota añado éstas:

El gobierno británico quiere retener en las Antillas una de las islas que ha adquirido allí nuevamente, bajo pretexto de que es necesaria para la conservación de sus antiguas posesiones; pero esta conveniencia bajo ningún aspecto puede aludir á la isla de la Trinidad. Evite usted, pues, toda discusión en este concepto. La Trinidad por su posición vendría á ser, no ya un medio de defensa para las colonias inglesas, sino un medio de ataque contra el continente español; por otra parte, dicha adquisición sería para el gobierno británico de una importancia y de un valor desmesurados. La discusión sólo puede girar sobre Curaçao, Tabago, Santa Lucía, ó alguna otra isla de esta especie. Aunque estas dos últimas sean francesas, podría decidirse el gobierno á abandonar una de ellas, y quizá el orgullo nacional de los ingleses se vería halagado por tener uno de nuestros despojos coloniales. No omita usted, ciudadano, realzar debidamente el valor de las islas cuya cesión podremos consentir, y particularmente la de Tabago. Esta isla, en otro tiempo inglesa, no está aún habitada más que por ingleses, todas sus propiedades y relaciones pertenecen á ellos, su suelo es aún virgen, y su comercio susceptible de un gran desarrollo. (N. del A.)

consiguió, aunque con mucho trabajo, haciéndole esperar un pronto acomodamiento. No obstante, la animosidad nacional parecía alarmada, y se temió un rompimiento. Todos los hombres racionales de Inglaterra le temían, y procuraban evitarlo, pero no había esperanzas de conseguirlo, porque el primer cónsul no quería ceder por ningún precio las posesiones de sus aliados que con tanta obstinación se le pedían.

Pero mientras él defendía con tanta lealtad á las colonias españolas, el príncipe de la Paz, con toda la inconsecuencia propia de un favorito vano y de poco seso, hacía observar á su rey la más desastrosa conducta, y desempeñaba al primer cónsul de todo deber de amistad para con la España.

Se recordará que el señor Pinto, enviado de Portugal, llegó al cuartel español para someterse á las voluntades de Francia y España reunidas. Al príncipe de la Paz le urgía terminar una campaña cuyo principio había sido fácil y brillante, pero cuya continuación podía ofrecer dificultades que sólo podrían vencerse con el auxilio de los franceses. Para ocupar, por ejemplo, á Lisboa ó á Oporto, la cooperación de nuestros soldados era indispensable; la empresa de un negocio de mera ostentación podía llegar á ser asunto formal y de gravedad y reclamar el auxilio de un nuevo cuerpo de tropas francesas. Previendo esta misma necesidad el primer cónsul, disponía espontáneamente que avanzasen diez mil hombres más, lo cual iba á hacer que el número total de los franceses presentes en España ascendiese á veinticinco mil.

Mas el príncipe de la Paz, que sin reflexión alguna había llamado á nuestros soldados, también sin reflexión se mostraba asombrado por su llegada; no obstante, observaron una rigurosa disciplina, y tributaron, así al clero en general como á las iglesias y á todas las ceremonias del culto, un respeto poco común en ellos y que sólo el general Bonaparte podía prescribir y obtener.

Mas una vez dentro de España, parecía causar su presencia un miedo verdaderamente ridículo, y no se consideraba que, ó hubiera sido preciso no llamarlos, ó habiéndolos hecho venir había que servirse de ellos para lograr el objeto deseado. Este objeto no podía consistir en dispersar á unos cuantos puñados de portugueses, en obtener algunos millones de contribución, ni aun en cerrar á los buques ingleses los puertos de Portugal; debía evidentemente consistir en apoderarse de prendas de valía para conseguir de los ingleses las devoluciones que ellos no querían hacer. Para esto había que ocupar ciertas provincias de Portugal, y principalmente la que tenía por capital á Oporto; este era el medio más seguro de obligar al gabinete británico, obrando sobre los comerciantes más acaudalados de la ciudad, muy interesados en el tráfico de Oporto. Así se convino entre los gobiernos de París y de Madrid; pero á pesar de lo estipulado, el príncipe de la Paz quiso aceptar las condiciones de Portugal, y contentarse con la plaza de Olivenza para España, quince ó veinte millones para Francia y la exclusión de los buques ingleses de guerra y mercantes de todos los puertos de Portugal para las potencias aliadas. Con semejantes condiciones la campaña que acababa de hacerse era enteramente pueril: era un mero pasatiempo inventado para distraer á un privado hartado de favores reales que aspiraba á la gloria

por medio ridículos, según convenía á su culpable y necia ligereza.

El príncipe de la Paz despertó en sus amos los sentimientos paternales, de fácil excitación en ellos, pero manifestados, fuerza es confesarlo, ó demasiado tarde ó demasiado pronto. Hízoles temer la presencia de los franceses, temor, fuerza es también repetirlo, asaz tardío y hartó quimérico, porque no podía caber en humano seso que quince mil franceses trataran de conquistar la España ni prolongar siquiera su permanencia en ella de un modo alarmante. Todo aquello suponía proyectos que ni siquiera en germen existían en aquel entonces en la mente del primer cónsul, y que sólo concibió éste después de los sucesos inauditos que ni él ni nadie á la sazón preveía. Sólo quería entonces una cosa, que era arrancar á los ingleses una isla más, y esta isla era española.

Aceptando las proposiciones propuestas por la corte de Lisboa, que consistían únicamente en conceder la plaza de Olivenza á los españoles, veinte millones á los franceses y exclusión del pabellón inglés de los puertos de Portugal, se cuidó de preparar dos copias del tratado, una para que la firmase España y otra para que la firmase Francia. El príncipe de la Paz puso su firma á la destinada á su corte, fechada en Badajoz, por ser allí donde se hacía todo, y en seguida obtuvo que la ratificase el rey, el cual se hallaba en dicho punto. Luciano por su parte firmó la copia destinada á Francia, y la envió á la ratificación de su hermano.

Recibió el primer cónsul esta comunicación en el momento mismo en que con más calor se agitaban las negociaciones de Londres, y fácil es imaginarse la exasperación que en él produjo. Aunque sensible á las afecciones de familia hasta el punto á veces de rayar en débil, no solía contener sus iras con sus parientes como con los extraños, y en verdad que en el caso presente se le podía perdonar que desfogase su carácter irascible: hízolo así sin la menor reserva, y expresó con la mayor violencia su resentimiento contra Luciano.

Esperaba, sin embargo, que el tratado no había sido aún ratificado. Despachó inmediatamente á Badajoz correos extraordinarios anunciando que Francia rehusaba su ratificación, con objeto de impedir la de España; pero los correos llegaron cuando el tratado estaba ya aprobado y ratificado por Carlos IV y contraído irrevocablemente el empeño. Consternado quedó Luciano al pensar en el papel embarazoso y aun humillante que iba á hacer en España, en vez del papel brillante que se había prometido; correspondió á la cólera de su hermano con uno de los accesos de mal humor bastante frecuentes en él, y envió su dimisión al ministro de Negocios extranjeros. El príncipe de la Paz por su lado creció en arrogancia; afectó un lenguaje gárrulo que era ridículo é insensato dirigiéndose á un hombre como el que á la sazón gobernaba Francia; anunció primeramente la suspensión de toda hostilidad contra Portugal, exigió después la retirada de los franceses, y aun añadió la declaración hartó imprudente de que si volvían á pasar la frontera del Pirineo nuevas tropas, se consideraría su entrada como una violación del territorio. Reclamó además la restitución de la escuadra detenida en Brest, y una pronta conclusión de la paz general para que cesase cuanto antes una alianza ya onerosa para

la corte de Madrid (1). Esta conducta era tan incongruente como contraria á los verdaderos intereses de España; fuerza es decir, sin embargo, que el malhadado suceso que acababa de destruir dos navíos españoles, había infundido cierta tristeza en los ánimos de la nación, y contribuido á esa predisposición enemistosa que se manifestaba de un modo tan intempestivo y tan perjudicial á la política de los dos gabinetes.

El primer cónsul, exasperado hasta el colmo, hizo contestar inmediatamente que los franceses permanecerían en la península hasta que se concluyese la paz particular de Francia con Portugal; que si el ejército del príncipe de la Paz se adelantaba un solo paso hacia los quince mil franceses que estaban en Salamanca, lo consideraría como una declaración de guerra, y que si el autor de un lenguaje tan incongruente se proponía á un solo acto de hostilidad, ya podía contar la monarquía española con que había llegado su última hora (2).

(1) Nota del 26 de julio.

(2) El primer cónsul escribía notas enérgicas y concisas formulando el pensamiento de las instrucciones que sus ministerios habían de transmitir á los embajadores. He aquí la nota enviada á la secretaría de Negocios extranjeros para que se redactase por su tenor el despacho que iba á enviarse á Madrid, Mr. de Talleyrand se hallaba en los baños, y hacía sus veces Mr. Caillard.

Al ministro de Relaciones exteriores.

21 mesidor del año IX (10 de julio de 1801).

Haga usted saber, ciudadano ministro, al embajador de la república en Madrid, que debe pasar á la corte y manifestar allí el carácter necesario en estas circunstancias. Hará saber:

Que he leído la nota del general príncipe de la Paz; que es tan ridícula que no merece una respuesta seria; pero que si este príncipe vendido á la Inglaterra arrastrase á sus reyes á adoptar medidas contrarias al honor y á los intereses de la república, puede ya hacerse la cuenta de que la monarquía española ha llegado á su última hora;

Que mi intención es que las tropas francesas permanezcan en España hasta el momento en que quede hecha la paz entre la república y Portugal;

Que el menor movimiento de las tropas españolas que tienda á aproximarlas hacia las tropas francesas será considerado como una declaración de guerra;

No obstante, deseo hacer cuanto sea posible para conciliar los intereses de la república con la conducta é inclinaciones de Su Majestad Católica.

Que cualesquiera que sean los acontecimientos, jamás consentiré en los artículos tres y seis;

Que no me opongo á que se renueven las negociaciones entre el embajador de la república y el señor Pinto, ni á que se celebre diariamente un protocolo de negociaciones;

Que el embajador debe esmerarse en hacer que el príncipe de la Paz, y aun el rey y la reina, se penetren bien de que las palabras y las notas, aunque sean injuriosas, entre amigos como nosotros pueden considerarse como desavenencias de familia; pero que la menor acción ó el más pequeño rompimiento serían irremediables; que por lo que hace al rey de Etruria se le ofreció un ministro porque se hallaba enteramente solo, y para gobernar á los hombres es preciso entender algo de gobierno; que no obstante, por haber manifestado que hallaría en Parma hombres capaces de ayudarle, no he vuelto á insistir en que le acompañase el que yo le había destinado;

Que por lo tocante á las tropas francesas en Toscana, era indispensable dejarlas permanecer allí dos ó tres meses aún hasta que el rey de Etruria hubiese organizado por sí mismo sus tropas;

Que los negocios de Estado pueden tratarse con sangre fría, y que por lo demás mi deseo de hacer algo en provecho de la casa de España sería muy mal correspondido si el rey tolerase que el oro corruptor de la Inglaterra llegara á desunir nuestras dos grandes naciones, en el momento en que llegamos al puerto, después

Mandó á Luciano volver á Madrid, manifestar allí el carácter propio de un embajador y esperar nuevas órdenes. Bastaba esto para intimidar y contener al indigno cortesano que con tanta ligereza comprometía los más grandes intereses del universo; en efecto, no pasó mucho tiempo sin que escribiera éste las cartas más sumisas para volver á la gracia del hombre cuya influencia y autoridad personales sobre la corte de España tanto temía.

Sin embargo, había que tomar un partido sobre la conducta extraña é inconcebible del gabinete de Madrid. Mr. de Talleyrand estaba á la sazón ausente para restablecer su salud; hallábase en los baños; le envió el primer cónsul todos los documentos, y recibió en contestación una carta muy juiciosa con su opinión sobre aquel grave negocio.

Según Mr. de Talleyrand, una guerra de notas á nada conduciría por más razón que se pretendiera tener, fundándose en los empeños contraídos y en las promesas hechas por ambas partes.

La guerra contra España, además de alejar del objeto, que era entonces la pacificación general de Europa; además de ser contraria á la verdadera política de la Francia, era cosa verdaderamente risible, atendido el lastimoso estado de la monarquía española, que tenía á nuestras tropas dentro de sus provincias y sus escuadras en Brest. Presentábase otro medio mucho más natural para castigarla, que era ceder á los ingleses la isla española de la Trinidad, última y única dificultad que retrasaba la pacificación del mundo. España, en efecto, acababa de dispensarnos de todo deber y de toda lealtad con ella; en tal caso, añadía Mr. Talleyrand, conviene perder todo el tiempo posible en Madrid y ganarlo en Londres, acelerando la negociación con Inglaterra con la cesión de la Trinidad (1).

de tantas fatigas y zozobras, y que las consecuencias serían por lo tanto terribles y funestas;

Que en el momento actual, si no se hubiera manifestado tanta premura en hacer la paz con Portugal, se hubiera logrado quizá acelerar considerablemente la paz con Inglaterra, etc., etc.

Ya conoce usted á este gabinete; dirá usted, pues, en su despacho todo cuanto pueda contribuir á ganar tiempo, á impedir que se tomen medidas precipitadas, á hacer que se renueven las negociaciones, y al mismo tiempo á imponerle respeto haciéndole ver la gravedad de las circunstancias y las consecuencias de un paso dado indiscretamente.

Que comprenda bien el embajador de la república que si Portugal consintiese en dejar á España la provincia de Alentejo hasta la paz, podría esto servir de *mezzo termine*, puesto que de ese modo resultaría que España cumplía al pie de la letra el tratado preliminar.

Quince millones en quince meses me importan á mí lo mismo que nada.

Despache usted directamente á Madrid el correo que le envió.

BONAPARTE.

(1) Citamos esta carta curiosa de Mr. de Talleyrand:

20 mesidor del año IX (9 de julio de 1801).

General:

Acabo de leer con toda la atención posible las cartas de España; si queremos dar una respuesta de pura controversia fácil nos es tener razón, aun refiriéndonos al contexto de tres ó cuatro tratados que hemos celebrado este año con esta potencia; pero sería andar en alegatos: es preciso ver si ha llegado el momento de adoptar un plan definitivo de conducta con ese pobre aliado.

Parto de los datos siguientes: España, valiéndome de una de sus

TOMO VI

Esta opinión estaba fundada en la razón, y tal pareció al primer cónsul; no obstante, considerando empeñado su honor en defender aún á una aliada que había sido infiel, informó á Mr. Otto de sus nuevas disposiciones relativamente á la Trinidad, y se mostró pronto á sacrificarla, pero no desde luego, sino sólo en el caso más extremo, es decir, cuando no pudiera menos de hacerlo así ó ocasionar un rompimiento. En su consecuencia, mandóle que siguiera insistiendo en que se aceptase en trueque de la Trinidad la isla francesa de Tabago.

Desgraciadamente la extraña conducta del príncipe de la Paz hizo perder mucha fuerza moral á nuestro negociador, y más aún se la quitó la noticia recientemente recibida de la capitulación del general Belliard en el Cairo. No obstante, la perseverancia del general Menou en Alejandría mantenía en una duda favorable nuestras pretensiones; pero la gloria de acabar con todas las dificultades de aquella larga negociación estaba destinada á nuestra escuadrilla de Bolonia.

En Inglaterra continuaban los ánimos preocupados con los preparativos hechos en las costas de la Mancha. El almirantazgo inglés para tranquilizarlos llamó á Nel-

expresiones, ha hecho la guerra á Portugal *con hipocresía*; lo que quiere es hacer la paz definitivamente. Según lo que nos escriben, y yo fácilmente lo creo, el príncipe de la Paz anda en tratos secretos con Inglaterra; el Directorio le reputaba vendido á esta potencia. El rey y la reina dependen del príncipe: era antes un mero favorito; pues es ya á sus ojos un estadista y un gran guerrero. — Luciano se halla en una posición embarazosa de que es absolutamente preciso sacarle. — El príncipe emplea con bastante habilidad en sus notas esta frase: *El rey se ha decidido á hacer la guerra á sus hijos*. Este dicho no dejará de influir en la opinión. — Un rompimiento con España es una amenaza visible cuando tenemos sus buques en Brest y nuestras tropas en el corazón del reino. — Creo que á esto se reduce toda nuestra posición con respecto á España; establecido esto, ¿qué nos queda que hacer?

He aquí el momento en que echo de ver que desde hace dos años he perdido la costumbre de pensar solo. El no tener á usted presente hace que mi imaginación y mis ideas carezcan de guía; es muy probable por lo tanto que no escriba cosa de provecho, pero no tengo yo la culpa si por estar lejos de usted me hallo como incompleto.

Peréceme que España, que siempre que se ha tratado de paz ha puesto entorpecimiento al gabinete de Versalles con sus enormes pretensiones, nos deja sumamente expeditos en las actuales circunstancias. Ella misma nos traza la conducta que hemos de seguir. Podemos nosotros hacer con Inglaterra lo que ella hace con Portugal: sacrifica los intereses de su aliada, lo cual equivale á poner á nuestra disposición la isla de la Trinidad en las estipulaciones con Inglaterra. Si usted se resuelve á adoptar esta opinión será preciso activar un tanto la negociación en Londres, y limitarse con la corte de España á notas diplomáticas y puro ergotismo, llevando siempre la discusión con suavidad y dulzura, reiterando explicaciones amistosas, repitiendo garantías sobre la suerte del rey de Toscana, y hablando sólo de los intereses de la alianza, etc., etc.; en suma, tratar de perder tiempo en Madrid y acelerarlo en Londres.

Combiar de embajador en estas circunstancias sería dar que decir, y es preciso evitarlo si usted adopta mi plan de ir dando largas. Pudiera usted dar permiso á Luciano para trasladarse á Cádiz á inspeccionar los armamentos, y para viajar por los puertos. Entretanto irían adelantando los negocios en Inglaterra. Estorbaría á usted que ésta estipulase por Portugal, y después regresaría Luciano á Madrid para tratar definitivamente sobre esta paz.

Mucho me temo, general, que le parezca á usted que mi opinión se resienta algo de los baños y chorros de agua mineral que tomo con toda escrupulosidad. De aquí á diez y siete días valdré un poco más; entretanto reitero á usted la seguridad de mi adhesión y respeto.

C. M. TALLEYRAND.

38

son, que se hallaba en el Báltico, y le confirió el mando de las fuerzas navales estacionadas en aquellos mares. Componíase éstas de fragatas, bergantines, corbetas y buques ligeros de toda dimensión, y el ánimo resuelto del célebre marino inglés hacía esperar que en breve quedaría destruída con una sola hazaña la escuadrilla francesa (1). El 4 de agosto (16 termidor) se presentaron hacia el amanecer delante de la playa de Boloña unos treinta buques pequeños: su bandera iba enarbolada en la fragata *Medusa*. Tomó posesión á mil novecientas toesas de nuestra línea, es decir, fuera del alcance de nuestra artillería y sólo á tiro de mortero. Su intención era bombardear nuestra escuadrilla. Tenía ésta por comandante á un valiente marino lleno de genio natural y de ardor belicoso y destinado si hubiera seguido viviendo á llevar á cabo las más gloriosas empresas; era el almirante Latouche-Treville. Hacía que diariamente se ejercitasen nuestras chalupas cañoneras y acostumbraba á nuestros soldados y marinos á saltar velozmente á bordo de las naves, á bajar con la misma celeridad y á maniobrar con conjunto y precisión. El día 4 estaba nuestra escuadrilla formada en tres divisiones en una sola línea acoderada, paralela á la ribera á quinientas toesas de la costa y lanzadas las anclas. Componíase de grandes barcos cañoneros, sostenidos de trecho en trecho por bergantines, y estaban embarcados en ellos tres batallones de infantería para reforzar á nuestros arrojados marinos.

Nelson situó delante de su escuadrilla una división de bombardas y rompió el fuego á las cinco de la mañana; esperaba destruir la nuestra á fuerza de bombas ú obligarla por lo menos á volver al puerto, por lo cual mandó arrojar durante el día entero un número infinito de aquéllas. Los proyectiles, disparados por gruesos morteros, traspasaban casi todos nuestra línea é iban á la playa; nuestros soldados y marinos, inmóviles bajo aquel fuego no interrumpido, pero más imponente que mortífero, hacían alarde de una serenidad y de una alegría singulares. Desgraciadamente no tenían medios para desquitarse; nuestras bombardas, construídas á la ligera, no podían resistir el sacudimiento de los morteros, y apenas si disparaban algunos proyectiles mal dirigidos; la pólvora sacada de las antiguas provisiones de nuestros arsenales no tenía fuerza y no hacía llegar las bombas á la distancia necesaria. Ansiaban las tripulaciones francesas adelantarse hasta llegar á tiro de cañón ó poder saltar al abordaje; pero nuestros buques cañoneros, de construcción pesada, y sin la experiencia que hizo después reformar este género de construcción, no podían maniobrar fácilmente con el viento Nordeste que en aquel momento soplabá. El viento y la corriente los hubieran impelido hacia la línea inglesa y para volver á la costa se hubieran visto precisados á presentarse de costado al enemigo, sin poder hacer uso de su artillería, por llevarla todos á proa. Fué, pues, necesario permanecer en absoluta inmovilidad bajo una lluvia de proyectiles que duró diez y seis horas. Nuestros sol-

(1) El romántico Nelson, á guisa de los antiguos paladines de las novelas de caballería, lo prometió así á las damas inglesas en un banquete celebrado en la *Ciudad (City)*, jurando por su espada incendiar y exterminar de un solo golpe la escuadrilla francesa, que las caricaturas del país pintaban como una *flota de cascaras de nuez*. (N. del T.)

dados de mar y tierra la soportaron denodadamente, mirando risueños cruzar las bombas sobre sus cabezas. El bizarro comandante Latouche-Treville estaba en medio de ellos con el coronel Savary, edecán del primer cónsul. Disparáronles más de mil bombas, y por una especie de milagro ninguno salió gravemente herido. Fueron á pique dos buques nuestros sin que pereciese un solo hombre de su dotación (2): la cañonera *Me-chante*, mandada por el capitán Margollé, quedó partida por medio: este valiente oficial, dotado de un arrojo y serenidad increíbles, hizo á su tripulación saltar á otros buques, y quedándose solo con dos marinos se retiró con su cañonera, que hacía agua por todas partes, y la hizo varar en la arena antes que tuviese tiempo de irse á fondo.

Los ingleses, á pesar de lo desventajoso de nuestra posición y de la mala calidad de nuestra pólvora, quedaron más maltratados que nosotros: nuestras bombas les ocasionaron una pérdida de tres ó cuatro hombres entre muertos y heridos (3).

Nelson se retiró mortificado, jurando vengarse en breve y volver con medios de destrucción seguros.

Esperábase, pues, continuamente que volvería á presentarse, y el almirante francés tomaba sus disposiciones para recibirle dignamente: reforzó su línea, la abasteció con buenas municiones, infundió nuevo aliento en sus marinos y soldados, cuyo ardor no había ciertamente decaído desde que pudieron vanagloriarse de haber desafiado á los ingleses en su elemento; colocó además en su escuadrilla tres batallones escogidos, sacados de las medias brigadas 46.^a, 57.^a y 108.^a para utilizarlos como en la jornada del día 4.

Doce días después, el 16 de agosto (28 termidor), se presentó Nelson con una división naval mucho más considerable que la primera; todo en él anunciaba la intención de un ataque formal al abordaje, que era lo que cabalmente deseaban los franceses.

Tenía Nelson treinta y cinco velas, muchas chalupas y dos mil hombres escogidos. Al caer el día había ya ordenado sus chalupas en torno de la *Medusa*, distribuido su gente y dado sus instrucciones. Las chalupas tripuladas por soldados de la marina inglesa debían durante la noche avanzar á remo y tomar nuestra línea al abordaje: formaban cuatro divisiones; una quinta división compuesta de bombardas debía situarse, no ya al frente de nuestra escuadrilla, posición que había producido pocos resultados en el bombardeo del 4 de agosto, sino de costado, de modo que pudiera tomarla por la andanada.

Hacia la media noche, estas cuatro divisiones comandadas por los cuatro intrépidos capitanes Sommerville, Parker, Cotgrave y Jones, se adelantaron rápidamente hacia la costa de Boloña. Estaba allí de centinela avanzada y sola una pequeña embarcación francesa tripulada por ocho hombres; fué abordada y envuelta, pero se defendió valerosamente antes de sucumbir, y el ruido de su fusilería sirvió para anunciar la presencia del enemigo.

(2) En la parte original que dió Nelson del primer combate de Boloña consta que fueron á pique cuatro barcos chatos y un bergantín francés. (N. del T.)

(3) Nelson no menciona en el citado parte más que tres heridos, el capitán Fyers y dos marinos. (N. del T.)

Aproximábanse las cuatro divisiones inglesas con toda la velocidad que permitían los remos. Así que fueron avistadas se rompió contra ellas un fuego nutrido de fusilería y de metralla; la primera división, mandada por el capitán Sommerville, arrebatada por el movimiento de la marea hacia el Este, tuvo que torcer su rumbo y fué á parar á gran distancia de nuestra ala derecha, que era la que tenía que atacar; las dos divisiones del centro, conducidas por los capitanes Parker y Cotgrave gobernando directamente hacia el centro de nuestra línea acoderada, fueron las primeras que llegaron allí á cosa de la una de la mañana y la embistieron resueltamente; la que iba á las órdenes del capitán Parker, después de haber sostenido con nuestros buques un fuego de fusilería sumamente vivo, acometió á uno de los bergantines nuestros que alternaban con las chalupas para sostener la línea. Era dicho bergantín el *Etna*, mandado por el capitán Pevrieu; rodeáronle seis peniches para tomarle al abordaje, saltaron á él los ingleses denodadamente con sus oficiales á la cabeza, pero fueron recibidos por doscientos hombres de infantería y arrojados á la mar á bayonetazos. El valiente Pevrieu, acometido sucesivamente por dos marineros ingleses, los mató á ambos después de recibir dos heridas, una de puñal y otra de pica. Quedaron en pocos momentos derrotados los acometedores, y recibieron los peniches un fuego que acabó con la mayor parte de los marinos que los gobernaban. Nuestras chalupas recibieron con no menor denuedo á los agresores que intentaron abordarlas, y se deshicieron de ellos con las hachas y las bayonetas. Un poco más lejos la división, comandada por el capitán Cotgrave, abordó con valentía á la línea de buques franceses, pero sin mejor resultado. Una gruesa chalupa cañonera, la *Sorpresa*, rodeada por cuatro peniches, echó á pique al primero de ellos, tomó el segundo y dió caza á los otros dos. Los soldados rivalizaron con los marinos en aquella especie de combate tan adecuado á su carácter vivo y audaz.

Mientras las divisiones inglesas primera y segunda eran recibidas según dejamos referido, la tercera, que debió abordar á nuestra ala derecha, llevada hacia el Este por la marea, no pudo hallarse sino con gran tardanza en el teatro del combate. Esforzándose en virar de Este á Oeste, parecía amagar á la extremidad de nuestra línea acoderada, y querer pasar por entre la costa y nuestras naves, haciendo una maniobra muy acostumbrada por los ingleses. Era aquello más bien efecto de su posición que de un plan premeditado. Pero unos destacamentos de la 108.^a que se hallaban apostados en la orilla, la hicieron un fuego mortífero; los marinos ingleses sin retroceder embistieron á la lancha cañonera el *Volcán*, que guardaba la extremidad derecha de nuestra línea: el oficial que la mandaba, llamado Gueroult, pundonoroso y valiente, sostuvo el abordaje á la cabeza de sus marinos y de unos cuantos infantes, trabándose un combate encarnizado. Mientras éste se defendía sobre la cubierta de su cañonera, las naves inglesas que le envolvían intentaron cortar los cables para apoderarse de su embarcación, pero felizmente una de las amarras era de hierro y pudo resistir á todos los esfuerzos que hicieron para romperla. Por último, el fuego de las otras naves francesas junto con el de la orilla, obligó á los ingleses á dejar su presa; de modo

que el ataque por este lado fué rechazado tan felizmente como en los otros dos.

Empezaba á despuntar la aurora: la cuarta división enemiga, destinada á embestirnos por la izquierda, tuvo que gobernar largo tiempo hacia el Oeste á pesar de la marea que la inclinaba al viento contrario, y no pudo llegar á tiempo. Por otra parte las bombardas de Nelson, merced á la noche, no nos causaron mucho daño. Veíanse los ingleses repelidos por todas partes; cubrían la mar sus cadáveres flotando sobre las olas, y muchas de sus embarcaciones quedaban apesadas ó echadas á pique. La claridad del día aumentaba por instantes y hacía necesaria su retirada. Verificáronla hacia las cuatro de la mañana: salió el sol para iluminar su fuga; no era ya una tentativa infructuosa, sino una verdadera derrota la que veían consumada.

Nuestras tripulaciones rebosaban de júbilo; su pérdida era escasa y los ingleses, por el contrario, la habían sufrido muy considerable. No daba en verdad poco incremento á la satisfacción producida por aquel combate brillante la idea de haber batido á Nelson en persona y de dejar fallidas todas las amenazas de destrucción que había proferido públicamente contra nuestra escuadrilla.

Al otro lado del Estrecho debía lucharse de un modo enteramente contrario, y aunque de aquel combate al ancla no pudiera aún deducirse cuál sería el verdadero poder de semejante escuadrilla en alta mar, cuando fuera preciso llevar á bordo cien mil hombres, no obstante, la confianza de los ingleses en el genio emprendedor de Nelson había disminuído mucho, y el peligro ignorado que les amagaba les daba aún más en qué pensar.

Pero las vicisitudes de aquella gran negociación tocaban á su término. El primer cónsul, decidido por razón de la conducta del gabinete español, autorizó por fin á Mr. Otto á conceder la Trinidad. Esta concesión y los dos combates de Boloña debían acabar con las dudas del gabinete británico. Consintió, pues, éste en las bases propuestas á excepción de algunas dificultades que había aún que vencer en cuanto á los pormenores. Al devolver la isla de Malta á la orden de San Juan quería el gabinete inglés estipular que dicha isla quedase bajo la protección de una potencia garante, pues confiaba muy poco en que la orden, aun cuando se lograra reconstituirla de nuevo, tuviese bastante poder para defenderla. En cuanto á la potencia que había de salir garante no nos hallábamos de acuerdo: el papa, la corte de Nápoles y la Rusia, fueron sucesivamente propuestos y rechazados. Finalmente, la misma forma de la redacción ofrecía sus inconvenientes, pues como el efecto que este tratado había de producir en la opinión pública debía ser grande en ambos países, los dos tenían empeño en que quedase igualmente satisfecha la apariencia que la realidad; la Inglaterra consentía de grado en enumerar en el tratado las numerosas posesiones que restituía á la Francia y á sus aliados; pero quería enumerar también las que definitivamente adquiría. Esta pretensión era justa, más aún que la del primer cónsul que pretendía que se enumerasen las restituciones hechas á Francia, Holanda y España, y que el silencio observado con respecto á las demás fuera el único derecho de la Inglaterra á su propiedad.